

*coniunctis*, que le permiten examinar cada una de las silvas, y el conjunto, como «tránsito entre la creación individual y la tradición» (p. 228). Candelas analiza así los términos reales y los metafóricos de la expresión figurada, la preferencia por cierto tipo de relaciones semánticas, los fenómenos de personificación, por ejemplo, y, dentro de los recursos *in verbis coniunctis*, confirma las tendencias al zeugma, al políptoton y al epíteto. De las *figurae sententiae*, recupera el uso frecuente de la *evidentia*, característica de la poesía epidíctica, habría que añadir; Candelas relaciona su presencia en las silvas, además, con la influencia del modelo del epitafio, que también la exige (p. 277). Dado el tono admonitorio de las variantes morales, que se expande, lo indica el mismo autor, a las amorosas o aun circunstanciales, no sorprende, por tanto, que sea el epifonema otro de los recursos más empleados, ya que la sentencia resumidora de un argumento ético posee un poder enfático y persuasivo evidente. Las conclusiones de Candelas (pp. 298-99) confirman la estrecha unión entre género y estilo que, ya característica de la poesía clásica, fue también asumida por la poética renacentista. Como es bien sabido, aun los textos barrocos que se construyen en las rupturas programáticas de esta conexión, se apoyan en el reconocimiento que todo lector culto poseía de esta tradición.

En suma, es éste un importante y valioso estudio de conjunto que prestigia un subconjunto bien acotado de la lírica «culta» de Quevedo, desatendido por los especialistas hasta la década del ochenta. Debemos agradecer, pues, a Manuel Ángel Candelas las novedades que aporta en la identificación de los modelos que guiaron la creación artística de nuestro poeta, así como la codificación de un «vocabulario» poético, con el que Quevedo recreó unos géneros greco-romanos, actualizados por los poetas neolatinos de su entorno histórico. Será, pues, este estudio un imprescindible instrumento de trabajo para los quevedistas y para quienes se interesan por los discursos poéticos áureos.

Lía SCHWARTZ

Alessandro Martinengo, *El «Marco Bruto» de Quevedo. Una unidad en dinámica transformación*, Bern, Lang, 1998, 129 pp.

Alessandro Martinengo ha publicado estudios imprescindibles sobre numerosos aspectos de la obra de Quevedo, conjugando siempre la erudición con la finura crítica. Las densas páginas del presente estudio

son una nueva muestra de su conocimiento y de su profunda lectura de una obra tan complicada y de difícil abordaje como es el conjunto del *Marco Bruto*.

Martinengo expresa en la advertencia preliminar que su objetivo no es volver sobre temas ya debatidos (aunque no resueltos totalmente), como la postura quevediana ante el tiranicidio, o el reflejo literario de ciertas circunstancias coetáneas (la política del Conde-Duque en particular), sino examinar de forma global el manejo de las fuentes utilizadas por don Francisco, es decir, las técnicas de «reelaboración y constante actualización» a que las somete (p. 11), reconociendo al libro el estatuto de «una obra de creación, autónoma y perfectamente coherente» (p. 11).

Este parece ser el motivo principal del libro: mostrar que las tres secuencias o partes de la obra quevediana (la *Vida de Marco Bruto*, la *Cuestión política* y las dos suasorias traducidas de Séneca el Retórico), lejos de formar un cúmulo inorgánico, constituyen una estructura unitaria dinámica, en la que cada una de las piezas «está constantemente solicitada a reorientar su significación parcial, a medida que el escritor va cambiando su perspectiva global sobre personajes y eventos» (p. 12). Según me parece advertir en la lectura del estudio de Martinengo, esta reorientación procede de dos raíces: una, la misma economía del texto complejo, en sus vertientes formales e ideológicas, que se conciben como una integración dinámica de elementos que se corresponden, definen o limitan entre sí; la otra sería la diferente ocasión en que las partes se redactan (antes y después de la prisión de San Marcos), con diferentes preocupaciones y circunstancias vitales del escritor, que añadiría, por ejemplo, las *Suasorias* para completar el volumen que estaba preparando el impresor Diego Díaz de la Carrera, al que le quedaban probablemente algunas páginas en blanco. En cualquiera de las hipótesis interesa señalar que para Martinengo todos los elementos del texto se articulan de manera coherente.

Los diversos capítulos del estudio tratan de mostrarlo, después de pasar revista al estado de la cuestión crítica, que mantiene mayoritariamente la opinión contraria a esta integración defendida por Martinengo (ver pp. 15 y ss.).

No se puede describir ni discutir en el espacio de una reseña el conjunto de ricas observaciones que en este libro de reducida dimensión material se ofrecen al lector. Habría que ponderar, no obstante, la meticulosa disección que se realiza en el capítulo dedicado a la primera secuencia (*Vida de Marco Bruto*, pp. 25 y ss.), de las fuentes (Plutarco sobre todo, pero también Suetonio) y fundamentalmente de las reelaboraciones quevedianas que son lo verdaderamente significativo. Quevedo no es, como algún crítico había señalado, un traductor

infiel, sino un creador ingenioso que orienta sus materiales a los propios objetivos, con pleno dominio de sus recursos retóricos. En esta parte Quevedo retrata a un Marco Bruto contrapuesto a César, insertando en estos retratos contrapuestos algunos de los temas básicos de la obra y de las preocupaciones de la época: virtud individual frente a la estirpe, valor y prudencia, equilibrio de armas y letras, papel del valido, arte de gobernar, etc.

A través de los retoques, supresiones y adiciones hechos sobre el *texto* de Plutarco, y por medio de los subsiguientes *discursos* en boca del glosador, se va configurando un preciso programa de «exploración de esas dudosas fronteras entre el bien y el mal, que va a ser el más arduo desafío afrontado en el curso de la narración» (p. 33). Con suma maestría llega Martinengo a revelar que el concepto de pecado (pecado de César, y pecado de Bruto y los conjurados) es un núcleo básico que permite entender, entre otras cosas, el cambio (aparentemente inexplicable) de un Bruto heroico en la primera parte del relato a un Bruto «homicida» y culpable en una segunda fase.

En los diversos episodios en torno a estos personajes y su historia inserta Quevedo otra serie de antítesis y retratos (así, por ejemplo, Cicerón frente a Porcia expresaría la antítesis de la palabra frente a la acción; en una etapa posterior, la de las *Suasorias*, Cicerón pasa de ser criticado como hablador y cobarde a emerger como arquetipo del intelectual valeroso que prefiere morir a degradar su vida y su obra ante Marco Antonio), etc.

El examen de la segunda secuencia (*Cuestión política*) permite advertir su papel de unión entre la primera y la tercera, su función de puente de tránsito (p. 80) a través del ejemplo moderno de Fernando el Católico, que introduce una serie de casos de príncipes obligados a enfrentarse a rebeldes y conjuraciones.

En cuanto a las *Suasorias* (alegatos hechos por una serie de oradores a Cicerón sobre la conveniencia de pedir a Marco Antonio el perdón, a cambio de la degradación personal y la destrucción de su obra), ofrece Martinengo una muy aceptable hipótesis sobre el proceso de inserción en el conjunto, señalando en todo caso que «venían a integrarse armoniosamente, dándole al conjunto mayor hondura y perspectiva» (p. 94) y representando incluso, en parte, una función de expresión personal, de preocupaciones muy sentidas por un Quevedo ya a las puertas de la muerte. Se fundirían aquí las técnicas de la traducción selectiva y la glosa interpretativa de los textos clásicos, que daban forma a la *Vida de Marco Bruto* (primera secuencia), y la actitud personal relacionada con la situación angustiosa «del hombre encarcelado y acorralado que pudo muy bien identificar su condición existencial y sus problemas de conciencia con los del antiguo escritor romano»

(p. 103). Cicerón es ahora un modelo positivo, una figura moral exaltada «modelo de fortaleza y constancia [...] de fe en la supervivencia de la obra literaria más allá de las persecuciones y la muerte: supervivencia cuyo emblema es el ave fénix evocada hacia el final del segundo comentario» (p. 105).

El libro se cierra con una «Lectura crítica de las *Suasorias*», transcritas cuidadosamente, con puntuación moderna y depuradas de las erratas que una impresión precipitada acumuló en la príncipe (me atrevería a sugerir en la p. 113, primera y segunda líneas del alegato de Haterio, poner entre interrogaciones «¿Has de alabar a Antonio?»; en la línea 40 de la p. 114, quitar la coma después de «la boca», pues debe ser una oración especificativa, no explicativa; creo que sobra también la coma en la línea 45 de esa misma página).

Un par de detalles menores que tal vez quepa señalar: en algunos momentos la erudita sabiduría del estudioso le lleva quizá a buscar demasiado complicadamente explicaciones a motivos muy usuales, como la imagen del sol para el rey, que no creo sea preciso relacionar con el libro de Matthieu traducido por Mártir Rizo (*Histoire de la mort déplorable de Henri III*), ni con un memorial de Pineda... (ver pp. 35-36, nota 40), etc. En infinitos repertorios, libros de emblemas, poemas laudatorios cortesanos y mil textos más se reitera constantemente. A mi juicio es un tópico absolutamente generalizado, especialmente propicio para la época de Felipe IV (cuarto planeta es el sol precisamente según la teoría de las esferas celestes de Tolomeo). Una segunda cuestión que no me queda clara del todo es la de la eminencia y templanza en la maldad (o bondad), que se reitera en varios lugares y a la que se dedica un epígrafe (pp. 72 y ss.): si en una república resulta intolerable la eminencia en el bien o en el mal para el desarrollo de la vida cotidiana, que solo puede organizarse sobre mezclas de temperamentos, ¿por qué Bruto y César, que representarían mezclas de virtudes y vicios, están abocados a sendos fatales desenlaces? No se advierte aquí la coherencia del sistema subyacente que Martinengo señala en esta vertiente de las doctrinas políticas expuestas por Quevedo. La tercera observación o más bien pregunta que se me ocurre es sobre la utilidad de mantener las grafías en los textos citados y en la edición de las *Suasorias*. Creo que modernizar las grafías habría resultado más limpio y más eficaz.

Pero muy nimios son semejantes detalles en confrontación con la lectura crítica sugerente, documentada y precisa que Martinengo nos ofrece de esta obra quevediana, obra ciertamente dura para lectores frívolos. Martinengo no lo es y su trabajo se halla, sin duda, a la altura del autor que trata. No pequeña, si merecida ponderación, es esta, de

un trabajo ya imprescindible en el ámbito del quevedismo dedicado a la prosa seria de don Francisco.

Ignacio ARELLANO

Francisco F. Martínez Conde, *Quevedo y la monarquía (Un modelo de Rey)*, Madrid, Ediciones Endymion, 1996, 132 pp.

La obra de Francisco de Quevedo, aquella «vasta y compleja literatura» de la que hablaba Borges, se encuentra cada día más cerca del lector contemporáneo gracias a un buen número de magníficas ediciones recientes de determinadas obras y a esclarecedores estudios de partes de su producción literaria. Uno de los aspectos que más atención ha despertado entre los especialistas en la obra del escritor madrileño ha sido el de la ideología política y su plasmación en obras como *Política de Dios*, *Marco Bruto*, etc. Por ello la aparición de un nuevo estudio sobre este apartado de su discurso literario despierta el interés de los que ya hemos trabajado, y continuamos trabajando, en él. El libro que nos ocupa se enmarca, como su propio título indica, en ese asedio a la ideología política quevediana.

Pero el asedio al que somete Martínez Conde a Quevedo, y más concretamente a su pensamiento político tal y como aparece reflejado en la *Política de Dios*, no nos descubre nada nuevo. El autor transita por aspectos ya muy trillados por críticos anteriores, críticos que curiosamente Martínez Conde parece desconocer, pues sólo cita los estudios de Pérez Clotet, *La «Política de Dios» de Quevedo*, publicado en 1928, o el de Ruiz de la Cuesta, *El legado doctrinal de Quevedo*, que vio la luz en 1984, libro, por cierto, bastante cuestionable en las conclusiones que establece. El resto de la producción crítica sobre el pensamiento político del escritor madrileño brilla por su ausencia; no sabemos si por desconocimiento del crítico o porque no los considera acertados, pero aun así habrían merecido su mención, aunque sólo fuera para refutar los errores en los que hubieran podido incurrir. Nos sorprendió la ausencia de estudios de Álvarez Vázquez, Aranguren, Bleznick, Elliott, José Antonio Maravall, Pérez Carnero, entre otros. Este desconocimiento lleva a Martínez Conde a repetir temas y conceptos que ya han sido suficientemente establecidos en la ideología quevediana, en general, y en la *Política de Dios*, en particular. Hubiera sido mucho más interesante bucear en otras obras para comprobar la coherencia y extensión de su ideología; apartado mucho menos transitado, y al que Santiago Fernández Mosquera y yo mismo hemos dedi-